

LA UNIVERSIDAD NACIONAL: PRINCIPIOS PARA SU DEFINICION

Marco Palacios Rozo

Palabras del Rector de la Universidad Nacional de Colombia, Doctor Marco Palacios, en el Encuentro de exalumnos, que se llevó a cabo el miércoles 10 de diciembre de 1986, en el Centro de Convenciones "Gonzalo Jiménez de Quesada", con motivo de celebrarse el Cincuentenario de la Ciudad Universitaria.

Confluyen en este aniversario remembranzas y reflexiones sobre lo que la Universidad Nacional ha sido en el cuerpo social y político de Colombia y en nuestra cultura contemporánea y la formulación de propósitos sobre lo que ella deberá ser en la Colombia del siglo XXI, que es mañana.

Inseparable de los movimientos de ideas políticas, de las expresiones aun las más dramáticas y tormentosas de nuestra vida pública reciente, del fecundo movimiento artístico que en la Escuela de Bellas Artes cumple 100 años, o de la práctica e investigación científicas que apenas da sus primeros pasos institucionales entre nosotros, y portadora de una imagen pública que equivocadamente o no ha sido termómetro de lo que acontece en el orden público del país, la Universidad Nacional continúa su travesía, contra la corriente las más de las veces. Deja sí un producto olvidado: más de sesenta mil profesionales de alta calidad, egresados de sus aulas en este medio siglo, que testimonian una tarea pedagógica invisible en ese hermoso conjunto urbanístico y arquitectónico que es la Ciudad Blanca.

No hay un campo de la actividad intelectual y cultural de la Colombia de hoy, salvo quizás las ciencias de la comunicación, que no haya tenido su primer hogar en la Universidad Nacional. Trátense de las Ingenierías, de la Medicina o de las Artes Plásticas y la Música, de las Ciencias Naturales y las Matemáticas, en las aulas y laboratorios, en los talleres y en los auditorios, prados y corredores de la Ciudad Universitaria se han ido fraguando los modelos y las escuelas que luego, como por transmigración, han ido apareciendo, con diversos matices en otras entidades universitarias, públicas o privadas.

Fundada en 1867 para acometer el estudio de las realidades colombianas, la Universidad fue reorganizada en 1936 por una ley que le amplió sus recursos y le confirió el perfil institucional que hoy conserva. La Universidad Nacional condensa, en buena medida, no sólo las aspiraciones sociales y modos de ser de las clases y grupos que han tenido acceso a ella, sino los ideales hacia la democracia política, la igualdad social, el progreso técnico y económico y la identidad cultural de todos los colombianos. En los últimos veinticinco años, dichos propósitos han estado sometidos a los acosos propios de una "sociedad bloqueada" como denuncia a la nuestra uno de los más esclarecidos exrectores de la Universidad. El medio siglo que hoy recordamos ha verificado el tránsito de una sociedad de escenarios agrarios y rurales, la Colombia de los años treinta que, al sufrir las transformaciones de las migraciones internas, la urbanización y la industrialización sustitutiva, ha cambiado su fisonomía y sus costumbres.

Aunque las respuestas universitarias a esos cambios demográficos y sociales acelerados –que por demás se presentaron en ese contexto histórico nacional que llamamos la violencia–, fueron conduciendo a agravar un conflicto que se tornó lucha sectaria y estéril entre la Universidad y el Estado, siempre existió un núcleo, fuerte como la almedra de un durazno, que no permitió que la Universidad se extinguiera en ese esfuerzo pueril, a veces alocado y violento, de confrontar con las armas más primitivas a un Estado que en momentos sólo parecía responder con la arrogancia de su poder. Ese núcleo de profesores y maestros defendió los altos valores de la ética universitaria y los principios que dan sustento a la vida académica. En condiciones adversas de opinión pública, permaneció en el claustro tratando de dar orientaciones, emprendiendo investigaciones y poniendo al día las estructuras académicas y administrativas. Por eso no es extraño que en plena crisis de la Universidad Nacional como modelo de comportamiento político, surgiera en 1965 la reforma del Rector José Félix Patiño que, a mi juicio, redondeó la idea y plasmó en principios organitivos el diseño universitario de 1936 que hoy conmemoramos.

Han sido muchos los cambios operados en la Universidad en este medio siglo. Quisiera destacar tres: primero, la creciente participación de la mujer. En los treinta, menos del 10% de la población estudiantil total, era femenina. Hoy esa proporción llega al 35% y mujeres ocupan los más altos cargos de dirección, las cátedras y la administración. Segundo, la dispersión de la Universidad en Facultades autónomas que luchaban por fueros particularistas, ha desaparecido, y tercero, la investigación alcanza hoy un status similar al de la docencia. Esos cambios, imperceptibles definen el dinamismo universitario.

¿Pero qué es hoy la Universidad Nacional? ¿Cómo debe ser? ¿Cómo puede cumplir su misión, una vez que su comunidad parece reconciliarse con el Estado y con la Sociedad y una vez que su institucionalidad se fortalece en un momento hacia la actualización de la actividad académica?

Creo que la Universidad Nacional de hoy, expresando su tradición y preparándose para el mañana debe ser una entidad crítica, popular, de excelencia académica, democrática y autónoma.

Cada uno de estos términos adquiere en nuestro medio universitario una ambigüedad valorativa que tiende a anular su significado esencial y específico. En el contexto de la actual gestión rectoral, que busca interpretar de la mejor manera posible el espíritu de la ley orgánica de la Universidad así como señalar las carencias, lagunas o deficiencias que la práctica va haciendo ostensibles, esos principios podrían expresarse en las siguientes proposiciones:

Primera. *Universidad crítica no es universidad contestataria*. El paradigma universitario manifiesta, desde sus orígenes medievales, la posibilidad de crear y difundir un saber socialmente productivo –más teológico en sus inicios, más científico hoy– y esa posibilidad implica que la verdad como atributo del saber pueda chocar, como históricamente ha ocurrido, con los poderes establecidos, sean ellos los de la sociedad, o del dinero, o los del mismo gobierno universitario. Hoy día una universidad debe producir conocimientos con una calidad específica que corresponda a nuestra época, llamada de las revoluciones científicas. Deben ser esos conocimientos coherentes y precisos, conforme a una legalidad metodológica clara; deben ser amplios en su enfoque, sencillos en su formulación y capaces de generar nuevas investigaciones que producirán nuevos conocimientos.

Este principio de la universidad moderna la hace crítica por su esencia, al asumir la tarea central según la cual el conocimiento es siempre inacabado o se petrifica. Hoy creemos saber, conforme a la discusión que hace algunos años planteó Thomas Kuhn, que estos principios se refieren a las ciencias de la naturaleza, y a las ciencias de la sociedad, demoliéndose a pedazos la muralla creada por el positivismo decimonónico entre los dos órdenes de realidad: el del mundo natural y el del mundo social. En América Latina y en los países en vías de desarrollo, la universidad crítica genera actitudes que son tomadas por los defensores a ultranza del orden como conductas afrentosas. Los fundamentalismos religiosos, los dogmatismos políticos, los parroquialismos culturales y el entable de sabios convencionales, deben concebir el pensamiento crítico que fluye de las universidades como enemigo potencial. Esto parece más evidente cuando la universidad somete a juicio las estructuras sociales. Ha sido este terreno de la crítica social, por el método de las ciencias sociales o de las artes, en el que ha sido más fecunda la Universidad Nacional. Desde la obra de su primer Rector Don Manuel Ancízar hasta los trabajos de la escuela contemporánea de sociólogos y economistas o de la obra de las escuelas de pintura en Bellas Artes, la Nacional ha sobresalido por aprehender la realidad colombiana como objeto de análisis privilegiado.

El supuesto según el cual el camino del pensamiento crítico es llano, corto y arroja resultados inmediatos, aunado al infantilismo político, han conducido a una actitud dogmática, excesiva, prejuiciada, que consiste en quedarse en la crítica negativa, sin propósito creativo. Esa es la actitud de la universidad contestataria para la cual todo orden debe ser destruido, toda respuesta institucional interna o externa a la universidad tiene que ser insatisfactoria; todos los males del país son irremediables porque son estructurales sin que previamente se acepte siquiera la historicidad de dicha “estructura”.

Segunda. *Universidad popular no es la universidad masificada*. Una tradición aristocrática que sobrevivió a la Revolución Francesa y quedó instalada en el centro mismo de la discusión democrática moderna, insiste en confundir la noción de pueblo y popular con masa y masificación. Los requerimientos más recientes de la movilidad social, de la sociedad de consumo y de la llamada revolución de las comunicaciones han dado mayores impulsos a esa actitud dieciochesca, barnizada de liberalismo filosófico.

Llevada a su consecuencia lógica, dicha proposición implicaría que las universidades públicas deben ser universidades para pobres, masivas, y por ende, “populares”. Habría por lo tanto universidades selectas con las características opuestas. La Universidad Nacional rechaza estas falacias. La universidad popular está definida por su función al servicio de los intereses de los sectores mayoritarios del pueblo colombiano. Cumple dicha función de dos maneras: primero, eliminando las barreras socioeconómicas que se interponen en la matrícula universitaria, salvo la de la capacitación de cada aspirante que en sí misma es una dimensión del mérito personal, ajeno a las condiciones socioeconómicas de la familia del estudiante. O sea que la Universidad recibe a los mejores sin discriminar de dónde provienen. Segundo, la mejor forma que tiene la Universidad de disponer su docencia, su investigación y su servicio comunitario en defensa de los intereses populares es ofreciendo los más altos niveles de calidad en cada uno de estos campos: entregando al mercado profesionales competentes imbuidos de una ética colombianista y de servicio, prestos a defender los valores de la soberanía nacional y de la democracia política. Haciendo investigaciones que repercutan en mejores condiciones de salud, ambientales, de vivienda o de justicia para sólo citar unos ejemplos y estando dispuesta a utilizar su infraestructura en servicios comunitarios como ejemplarmente lo ha hecho desde el mismo día que los colombianos supimos de la tragedia provocada por el volcán de Ruiz. Ligado estrechamente con el punto anterior, creo que desde los años veinte, o sea desde la generación del Movimiento Estudiantil de Córdoba, la Universidad Nacional ha sido popular anticipándose a su tiempo generando con su crítica contravalores y formando élites dirigentes que han salido de sus aulas a dirigir la modernización del país. En suma, el problema de servir al pueblo colombiano desde la Universidad no es de número de estudiantes sino de calidad en la prestación de los servicios y en el cumplimiento de las funciones básicas de la Universidad.

Tercera. *Universidad de excelencia académica no es torre de márfil*. La calidad popular de la Universidad Nacional es más nítida si sus niveles de docencia, investigación y extensión son adecuados y modernos.

Quisiera a este respecto subrayar los riesgos implícitos en la idea expresada por algunos docentes, según la cual el desarrollo de las ciencias exactas y naturales es la función medular de la Universidad quedando todas las demás funciones como

subalternas. Por el contrario creo en la necesidad del equilibrio entre las ciencias todas, las naturales y las sociales, el humanismo, la filosofía, las tecnologías y las artes para formar hombres libres, ciudadanos lúcidos que fortalezcan la moralidad pública. Por eso es preocupante la retórica seudo-científicista que ha estado tomando vuelo en la Universidad Nacional en los últimos años y la pretendida legitimidad conceptual de un modelo universitario para mandarines, enclaustrados en una torre de márfil costosa. Está haciendo carrera el prejuicio de que sólo unas ciencias (las exactas y naturales) tienen el status adecuado y de que sólo una pequeña minoría, veinte o treinta investigadores, deben absorber y ejecutar presupuestos millonarios dentro de la Universidad Nacional, alejados de las labores docentes y del servicio a la comunidad.

Es evidente que el desarrollo económico y social de Colombia exige la formulación de un vasto proyecto en ciencia y tecnología que coloque la investigación básica y aplicada en niveles compatibles con el grado de desarrollo relativo del país. El 0.11% que representa la investigación con relación al PIB es una proporción exigua que demanda del Estado incrementos considerables. Una universidad para el desarrollo requiere también de un proyecto académico y administrativo coherente en los campos de la ciencia, la tecnología y las artes. Ese proyecto debe tratar de eliminar al máximo los desequilibrios entre las distintas áreas del saber o entre la docencia y la investigación. Las prioridades no deben definirse en función de áreas del saber, entre otras razones porque el mundo se mueve hacia la interdisciplinariedad, sino en función de problemas nacionales cuya definición y solución requiere tanto de la biotecnología como de la antropología, de la genética como de las ciencias económicas.

Cuarta. *Universidad democrática no es universidad anárquica*. Por el carácter de sus jerarquías implícitas, por las funciones específicas de su misión cultural y de su papel social, la universidad no es una organización política y por ende no está afectada directamente por el problema de la democracia como forma de organización de una comunidad. Pero una universidad sí debe educar para la democracia, fomentar valores democráticos, investigar las condiciones que retardan o propician la consolidación del modelo democrático colombiano. Como comunidad, la Universidad está abierta a todas las visiones del mundo, de la sociedad o del hombre contemporáneo. Es respetuosa de todos los credos religiosos, ideológicos o

políticos y sostiene, defiende y aplica el principio básico de la libertad de enseñar y aprender y de la libertad de investigar. Ese ámbito de libertad opera como el hábitat natural del pensamiento crítico que no puede madurar y desarrollarse sino a condición de que florezca el pluralismo.

La universidad como institución no es el motor del cambio social y mucho menos del cambio violento pero sus egresados, en cuanto participen activamente en la vida social, podrán serlo y ojalá sigan siéndolo. La universidad es un vivero de hombres libres que al incorporarse a la sociedad como artistas, médicos, ingenieros o profesores de literatura, podrán aportar una voz de orientación, una idea de transformación, una esperanza de cambio. Pero la universidad y mucho menos su territorio son o pueden convertirse en una especie de getto radical contestatario, supuestamente democrático. Quienes han abogado por estas soluciones y hablan en nombre de la democracia jamás han pensado que el término democracia tiene que ver con los números, con las mayorías y con el respeto a la voluntad de dichas mayorías. Tampoco han pensado que la democracia no significa la destrucción institucional de la universidad.

Finalmente quisiera hacer la siguiente proposición: *la universidad autónoma no es extraterritorial*. La autonomía universitaria es uno de los legados del movimiento estudiantil de Córdoba de 1918. Muchos dirigentes colombianos, colocados en otra atalaya, no han considerado indispensable el principio de la autonomía. Por ejemplo, a diferencia de la generación estudiantil que se formó en los años veinte en el espíritu de Córdoba y del que forman parte personajes nacionales de trayectorias diferentes como Carlos Lleras Restrepo, Gilberto Alzate Avendaño Gerardo Molina o Germán Arciniegas, el inspirador de la Reforma Universitaria del 36 y creador de la Ciudad Universitaria, el Presidente López Pumarejo, no creyó en las bondades de la autonomía por razones sólidas que expuso en numerosos escritos y mensajes de la época.

La actual Ley de la Universidad, al igual que las aprobadas en 1936 o 1963, consagra la autonomía universitaria. Nos referimos a grados de autonomía puesto que una institución oficial, sostenida con el presupuesto nacional en más de un noventa por ciento, puede o debe reclamar márgenes de autonomía y nunca la autonomía absoluta. Dichos márgenes han sido amplios pero a mi juicio hoy pueden ampliarse en tres campos: 1)- El presupuesto y la ejecución presupuestal; 2)- Las for-

mas de organización académica interna, y 3)- El nombramiento del Rector.

No obstante para muchos la autonomía ha residido especialmente en un elemento que se llamó la inviolabilidad domiciliaria, la extraterritorialidad de los recintos universitarios. A este respecto considero que deben recordarse cuestiones de principio y definirse formas de operación. En el caso histórico de la Universidad Nacional, la extraterritorialidad que se reivindicaba contra el Estado terminó en que la comunidad perdió su territorio que cayó de hecho en manos de minorías descomuestas, sin sentido de academia, ni de país; minorías que, por veinte años, afectaron profundamente la vida cotidiana del recinto, dañaron su hábitat y descompensaron su ritmo cultural e intelectual. Esas minorías no produjeron un modelo alternativo de universidad, ni en la teoría y menos en la práctica, aunque sus simpatizantes han dicho repetidas veces que la universidad en un país capitalista es por definición una "estructura antidemocrática" y que sólo la movilización permanente, la agitación permanente y la impugnación a ultranza de los estamentos, romperá con esa estructura antidemocrática. No obstante que la Universidad no es extraterritorial, sí hay unas formas tradicionales comunitarias de relacionarse con el Estado. El experimento del actual gobierno universitario ha mostrado sus bondades. La Universidad Nacional puede funcionar sin la presencia permanente de la fuerza pública, aunque cualquier desorden que no pueda ser solucionado internamente y ponga en peligro la vida o seguridad de las personas o los bienes de la Universidad, deberá ser enfrentado por las autoridades competentes, a petición de la Rectoría.

Es innegable que la Universidad presenta rezagos y fallas que deben remediarse en corto o mediano plazo.

La Universidad carece de un modelo pedagógico acorde con los valores sociales que deben fortalecerse como estrategia para el cambio social. La docencia continúa anclada en un enciclopedismo que deja de lado la adquisición y perfeccionamiento de habilidades y destrezas. Los métodos de enseñanza son rígidos y anacrónicos. El equipamiento de muchas dependencias de la Universidad está unos treinta años retrazado.

Creo, señor Presidente, haber expuesto de una manera concreta y dentro de un marco conceptual apropiado, las diferentes facetas de la Universidad Nacional de Colombia, cuya comunidad en

frenta conjuntamente con el país un reto muy simple: cómo dar a la Universidad de hoy una definición que resulte tan novedosa y provechosa para el país como la que le dieron hace medio siglo los hombres de la administración López, inspirados y encabezados por él.

El acto que hoy nos reune, ha sido la obra de un grupo de exalumnos, la mayoría de ellos formados en los azarosos años sesenta, que han querido renovar su filiación al Alma Mater. Agradezco en nombre de la institución y en el mío propio a Félix Salcedo, Samuel Yohai, Luis Gonzalo Giraldo, Antonio Hernández, Humberto Vergara, Gilberto Ramírez y Diego Younes, quienes consolidaron un núcleo de apoyo en el que participaron diligentemente muchos otros exalumnos, y destaco su carácter de representantes de una generación que, desde la Ciudad Universitaria, aprendió a luchar por Colombia.

Marco Palacios Rozo. Historiador colombiano. Profesor titular de El Colegio de México. Autor de *El populismo en Colombia*, *El café en Colombia 1850-1970*, *Estado y clases sociales en Colombia* y *La delgada corteza de nuestra civilización*. Actual rector de la Universidad Nacional de Colombia.

Moore Henry (1898 - 1986)
Escultor Inglés



Dibujo del Natural
Tiza y aguada
1928